

M-8666

70

BIBLIOTECA
VASCONGADA.

TOMO II.

LOS SIETE NOVIOS

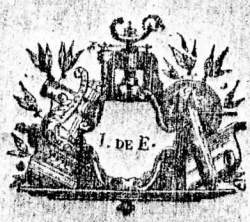
DE LA

BELLA JULIA.

NOVELA ORIGINAL POR

D. Melquiades de Larrazabal.

CORREGIDA Y AUMENTADA.



VITORIA:

IMPRESA, LITOGRAFIA Y LIBRERIA DE IGNACIO EGANA,

AÑO DE 1850,

A.T.A
1958



INSTITUCION

OBRA SOCIAL

de Ahorro

de Victoria

de Ahorro

de Victoria

Es propiedad del autor.



INSTITUCION

OBRA SOCIAL

de Ahorro

de Victoria

BIBLIOTECA

M- 8666
R- 3695

VASCONGADA.

TOMO II.

LOS SIETE NOVIOS

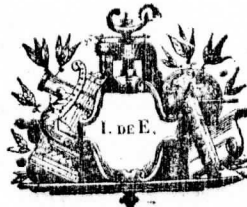
DE LA

BELLA JULIA.

NOVELA ORIGINAL POR

Don Melquiades de Larrazabal.

CORREGIDA Y AUMENTADA.



VITORIA:

IMPRESA, LITOGRAFÍA Y LIBRERÍA DE IGNACIO DE EGAÑA,

AÑO DE 1850.

ENTREGA 1.^a

1.º DE MARZO DE 1850.

INTRODUCCION.

Cuando escribí la novela ó série de artículos de costumbres, que hoy os ofrezco carisímas vascongadas, hacía ya meses que el periódico literario, titulado el *Lirio*, había sido enterrado bajo la fria losa del olvido. Si este desventurado semanario hubiera continuado viendo la luz pública siquiera medio año mas, de seguro que los SIETE NOVIOS DE LA BELLA JULIA hubiesen entrado formando parte de sus columnas; pues mi pensamiento al dar comienzo á la obra, fue el que vosotras amables vascongadas tuviéseis la preferencia en censurar, juzgar y criticar mi primer trabajo de este género; trabajo que emprendí impávido é imperterrito como amante fingido (el verdadero es tímido y cobarde por naturaleza) y sin otro guía, ni otra luminaria que mi buen humor. Pero ya que vosotras no vais á ser las primeras en reir, puesto que otras os han precedido, al ménos seais las últimas en zurrarme la badana por mis defectos. Esto que á primera vista parece un mal, para mis costillas es un bien, porque en cuanto á zurras acuérdome desde niño que las de casa son las peores.

IV

Hecha esta ligera aclaracion del motivo porque no me fue posible presentaros mi tarea en tiempo oportuno dándoos la preferencia, que por vuestra amabilidad mereceis, pasaré á ocuparme, no del cartel que es costumbre entre los hombres de letras, que á guisa de *saltimbanquis* anuncian en caracteres muy gordos la funcion que piensan dar, aunque jamás la den, porque á estos las mas veces les sucede lo que á los enamorados que juran y prometen amor, y luego pues..... todo se convierte en música celestial. No mis bellas vascogadas: no trato de espetaros un introito laudatorio, una introduccion recomendatoria, ni un *modesto* panegérico, ni del autor, ni de la obra. Esto sería de todo punto escusado y superfluo. El autor, ni se considera con cualidades para ponerlas de manifiesto en la portada, ni su vida tiene nada de particular que pueda servir como de trompeta para llamar gente á engancharse en la suscripcion; ni aun su figura siquiera ostenta todo aquello que otras ostentan, merced al favor del pincel del retratista que inventa lo que la naturaleza no prodigó al original. Empero, pinténse ellos vigotes, dibújense patillas, hagan á su rostro expresivo (por supuesto en el papel) que yo con mi primitiva y original cara me quedo, que con esto no hago mas que seguir mi capricho, cosa que muchos olvidan por costumbre.

Como hace poco os iba diciendo hermosas vascogadas, no me ocuparé de haceros el elogio de mi obra aun cuando á la vista tengo ejemplos con que escusarme; ni ménos me entretendré en analizarla, así imparcialmente, con unos cuantos encómios

y otras tantas alabanzas que me eleven por los aires, lo mismo que hicieron las grullas con Bertoldino.—
 ¿Leeréis *Los siete novios de la bella Julia*? — si: pues entónces, toda relacion preparatoria es escusada. Decís que nó; en este caso tampoco es necesaria la sinfonía.

Tanto á las unas como á las otras solo tengo que advertiros que la novelita, no hace derramar lágrimas. Esto sería cosa horrorosa en un tiempo en que parece que todos nos hemos vuelto otros tantos Gerimías. De mi novela están desterrados los lloriqueos, proscritas las congojas y relegadas al olvido las pesadumbres. No hay puñales, ni se confeccionan venenos, ni se tocan campanas, ni aparecen cementerios, ni se fabrican tumbas, ni se inventan prisiones, ni por último, se describen tremendas catástrofes que suelen convertir las novelas en sangrientas carnicerías.—¿Pues que es lo que pinta V. señor visño novelista en su anunciada obra? Amor y mas amor y despues risa.—¿Pues si no hay novela, fracmento, cuento, episodio en que no se gima y llore por amor, y se envenene y mate por amor.?—Estais equivocadas amiguitas. Todas las situaciones de este mundo tienen su parte séria y su parte ridícula: aquí os haría una escepcion diciendo que la mia por todos cuatro costados tiene la desgracia de aparecer ridiculísima; pero una escepcion no hace regla general y por lo tanto no entraré en esplicaciones.

Supuesto que las situaciones tienen dos partes, debemos tambien suponer que el que está en situacion enamorada, no carece de ninguna de las dos;

VI

pues bien, como yo soy ridículo en todo, he aquí que se me antojó mirar al amor por la segunda parte, ó como diría algun profundo Doctor en letras aisladas (1) por el reverso de la medalla. Aquí teneis el motivo; la primordial causa porque *los siete novios de la bella Julia*, no arrancan lágrimas sino carcajadas en abundancia.

— Si consigo que á vuestros hermosos labios asome una sonrisa siquiera, habré llegado al colmo de mis deseos; y esa sonrisa, me servirá de estímulo para que prosiga sin decanso en la senda trazada por mi buen humor.

EL AUTOR.

(1) Animal raro y semi antropófago que se ve con frecuencia en los archivos, comiendo títulos de obras á las que solo toca por el forro.

CAPÍTULO I.

"Leed y soltar la risa:
nada hay tremendo."

(Parodia de otros dos renglones
de *La Familia Wieland*.)

El autor, sin pedir permiso á nadie, suelta la lengua.

Las diez..... yyy media..... yyy serenooooo !

El sereno de una de las calles mas recónditas de la única ciudad de Álava, acaba de arrojar al viento esas lúgubres palabras, que son la señal de que vela y está alerta, miéntras los vecinos se entregan al reposo de sus cotidianos trabajos, y con las cuales hace público que es el *vice-versa* de los otros prógimos que gritan de dia y callan de noche. Un silencio sepulcral reina en todo su distrito; y solo de vez en cuando es interrumpido por el martillo de algun maestro de *obra prima* ó *dorador de cáñamo* (1) que, por haber hecho del lunes domingo y haber convertido el mártes y miércoles en fiestas de guardar, vése precisado el sábadó por la noche á dar puntadas de á vara, y á pasarla en vela á la luz de un oscilante candel; que con dos cuartos de grasa y alguna que otra rascadura con la lesna consigue el zapatero tener alumbrado su taller, para *concluir* perfectamente la obra que tiene entre manos (salvo unos cuantos surcos que la afilada cuchilla deja impresos en el cordobán al tiempo de pasar por la suela) y que le ha sido encomendada hace la friolera de cuatro semanas.

(1) Frase muy usada entre los cofrades de San Crispin.

De los doce reverberos que dos horas ántes resplandecian en la calle, para que los ciudadanos no se rompiesen las narices contra alguna esquina ó recibiesen algun dulce beso de un enorme guarda-canton, nueve están fuera de combate, ó mas claro, apagados, y los otros tres combatiendo con una muerte pronta y segura, pues ya es su luz como la que despiden los fagonazos, cuando por la noche se disparan armas de fuego. En el siglo de las luces, sin duda por antítesis, se cuentan las horas y se mide el aceite. ¡Cálculo anómalo! Medida regular! Esto cuando la luna no tiene la cara vuelta hácia nosotros: pero cuando su intérprete el calendario nos anuncia que la pálida señora va á estar visible aunque sea tras de un tupido y acolchonado tapiz, entónces, ni se pesa, ni se calcula, ni se mide, ni se enciende. Siga la costumbre, y tumbe el que tumbe.

El sereno ha dejado su chuzo y su farol en una puerta tan grande y descomunal como la de un convento. Sin duda los primeros habitantes de la casa serian gigantes, ó quisieron imitar á aquel general portugués que, sin embargo de haber mandado disponer en cierta ciudad cuarteles, cuyas puertas tuviesen veinte varas de largo y quince de ancho, dió á sus soldados, al tiempo de entrar por ellas, la terminante orden de • ¡*Cabezas!!... á terra.* • Sea de esto lo que quiera, es lo cierto que en la ciudad de Vitoria no solo tiene que admirar el viajero la colosal puerta que se acaba de describir; sino que innumerables casas, cuyas bocas son capaces de dar entrada á un navío de tres puentes, se le presentarán á su vista. Esto era una gran ventaja para los arquitectos de aquellos dichosos tiempos, pues con poner en comunicacion á los tejados con las puertas, la obra quedaba perfecta. Ahora la cosa ha variado de aspecto. No se abren grandes puertas pero se abren innumerables balcones y ventanas, en beneficio de los enamoradores por pasatiempo, y en provecho de los vidrieros y hojalateros.

El sereno pasea á corta distancia de sus armas tarareando las *habas verdes*, para impedir que el sueño se apodere de sus sentidos, y que el cabo le haga una sustraccion en el prest.

De repente déjase oír el ahullido de un perrito; el hombre-buho, acostumbrado á escuchar tales obligados en semejantes horas, no para la atencion y sigue cantando. Los ahullidos del perro van en aumento, ó en términos musicales, *crescendo*, y un sordo rumor, como el que proviene de una conversacion acalorada cuando se suscita á una distancia regular, viene á herir los oídos del sereno. Entónces, cogiendo el farol y empuñando su chuzo, marcha pausadamente en direccion del sitio de donde parece sale el ruido. No bien ha andado doce pasos, cuando en una de las últimas casas de la calle que hace esquina á un canton ó calleja, el cual sirve de escalera para subir á otra, que tambien tiene su correspondiente escalinata, para ascender á la cúspide de la ciudad (porque han de saber los lectores que Vitoria la vieja tiene cinco pisos), se abre con precipitacion una ventana, por la cual asoma un ciudadano gritando: - favor!!!!!! socorro!!!!!! socorro!!!!!! que nos ahogamos!!!!!! A tan alarmantes voces el sereno echa á correr lanza en ristre y pito en boca, reclamando á los demas mochueros que, como él, estan encargados de velar por la seguridad de sus convencinos. Multitud de ventanas y balcones se abren estrepitosa y simultáneamente, cuyo estruendo hace que otra infinidad que no se hubieran abierto, porque sus dueños son poco curiosos para enterarse de una cosa que no les importa saber hasta la mañana, den entrada al ambiente de la noche.

En las ventanas déjanse ver cabezas adornadas de niveos gorros, lo cual indica que las personas á que pertenecen son del género fuerte. En los balcones se presentan algunas figuras con blancos cendales, sin que se pueda distinguir si son hembras ó machos: para el cuento lo mismo dá que sean lo uno que lo otro.

— ¡Tia Geroma! ¿sabe V. porque tocan el silbato los serenos?

— No lo sé; pero supongo que hay fuego, ladrones, ó que ha sucedido alguna desgracia en la calle.

— ¡Pues quedamos enterados!—Esto dice un aprendiz de

abogado, quién, no sabiendo en que balcon pueda estar asomada su querida, que es morenita y graciosa, ha recurrido al diálogo para llamar la atención de la que es señora de sus pensamientos, estudios y cabilaciones; y á la que con razon supone el amartelado galan que la curiosidad la habrá impulsado á saltar de la cama al balcon. ¡ Oh! los enamorados que se entienden, son muy curiosos.

—Apuesto á que toda la bulla proviene de algun camorra que ha armado el señor Roque con su cara mitad!

—No es de estrañar, los mas de los dias está *alumbrado*, y ella tiene un genio que me rio yo.

—No, no: debe arder alguna casa de las de por allá abajo; pues sino me engañan los oidos, dan voces de *agua, agua!*

—Pues que toquen á fuego, para que acuda gente á apagar el incendio.—Escclama un barrigudo procurador al tiempo de cerrar la ventana, para entregarse otra vez á las delicias de la cama.

—Si, si, que toquen á fuego, miéntras el panzudo señor va á hacer la tortuga entre las sábanas.

—D. Policarpo del Rollo es de aquellos que dicen á voces cuando hay peligro: • reunirnós... y que vayan. »

El paso marcial y el silencio imponente de un piquete de tropa, que marcha en direccion del sitio de donde ha salido el ruido, al mismo tiempo que las misteriosas corridas de los serenos, cuyos farolitos anuncian la aparicion de esta especie de murciélagos en la calle por distintos puntos, hacen callar á los curiosos interlocutores asomados á las ventanas y balcones.

Muy pronto la casa del Sr. Roque el sastre, que es, quién ha dado las alarmantes voces de *¡favor! ¡socorro!* es cercada por la tropa y los serenos. A pesar del fuerte reten que custodia la puerta principal de la casa, el Sr. Roque ni su esposa se atreven á abrirla, porque, segun opinion del aprendiz, el peligro está en el zaguan y la tienda. Viendo la fuerza armada que es inútil aguardar á que los dueños de la casa abran la puerta, determinan echarla al suelo, si bien ántes se intima al Sr. Roque la órden de que deje paso franco á la justicia.

El sastre, bien sea por acatar el mandato de la autoridad, bien por haber recobrado algún tanto su valor, bien, en fin, de miedo que al día siguiente le tilden sus vecinos de cobarde, se dispone reforzado por su cara mitad á cumplir la terminante orden de abrir la puerta.

Al mismo tiempo que los dos esposos bajan las escaleras con la ligereza que les permiten las diez arrobas de carne y hueso que cada uno lleva sobre sus cortas y delgadas piernas; el perrito faldero—que dió la señal de alarma—sube corriendo en busca de su querida ama, y metiéndose entre los pies de esta, la hace dar un vaiven, suficiente para que, á guisa de tonel, salve en pocos instantes todos los peldaños, contribuyendo esto contratiempo á que el sastre rueda tambien en la misma postura y direccion, y á que todos tres, es decir, el amo, el ama, y el perrito, se sumerjan en un abrir y cerrar de ojos en una laguna.

Al estruendo que los dos esposos, verdaderos aguamaniles semovientes, producen al bajar con tanta prèsteza las escaleras, y á los gritos y lamentos de ambos, se determina echar la puerta al suelo. Muy pocos momentos son necesarios para esta operacion, y para que mas de catorce farolitos iluminen el vistoso cuadro que presenta el portal del sastre; en el que figuran en primera línea este buen hombre y su cara mitad, quiénes, cual dos atunes, están boca arriba en una balsa de agua, que tiene su origen en la tienda. No obstante el lastimoso estado en que yacen ambos esposos, los que tan valerosamente se han lanzado á su socorro, no pueden ménos de soltar la risa y esclamar:—¡ Sr. Roque! ¿ tiene V. en la tienda alguna noria ó algun algibe?

—Qué he de tener, señores!... si jamás entra una gota de agua en mi taller!—¿ No es verdad querida Toribia?

—Así es: mi marido no quiere tener el agua tan cerca: solo los domingos se lava la cara. Pero esta noche ha debido caer alguna abundante lluvia sobre nuestra casa, en castigo sin duda del poco caso que hace mi esposo del agua.

—No es lluvia sino un rio que ha roto la pared y se ha colado en la tienda, llevándose los patrones, las tigeras, el

perro, y—lo que es peor—mi cama:—dice el aprendiz, abriendo la puerta del taller.

En el instante penetran cuatro serenos en el obrador del Sr. Roque; pero no sin haberse arremangado ántes los pantalones hasta las rodillas, como si fuesen á pescar ranas, porque la crecida es mayor por aquella parte. Busca por aquí, observa por allá y mira por aquel lado; ninguno puede dar con el origen ó nacimiento del río. Afortunadamente, el aprendiz da alguaaas luces sobre el particular, diciendo que cuando despertó la primera vez, porque el agua se le iba introduciendo en la cama, oyó un ruido debajo del tablero como el que produce el caño de una fuente.

Efectivamente; debajo del tablero en que el Sr. Roque trabaja en su oficio, sentado á lo musulman, se encuentra la causa de la inundacion. Un tubo de hojalata, introducido por una de las grietas de la pared, da entrada al agua en la tienda del sastre.

El reconocimiento escrupuloso practicado por la parte fuera de la casa, da el siguiente resultado. Una larga y estrecha manga hecha con tripas de buey, cuyo principio tiene en el único caño de una fuente, que está situada cerca de la misma casa, y que viene á rematar en el tubo introducido por la pared, es la vía de comunicacion del líquido entre la citada fuente y el taller del Sr. Roque.

—¡Ah! ya me decía el corazon que algun mal intencionado había de ser el autor de esta desgracia! Esclama el buen sastre al ver aquel acueducto provisional.

—Tu lengua sí que ha de ser la que nos ha de echar por puertas: contesta la señora Toribia.

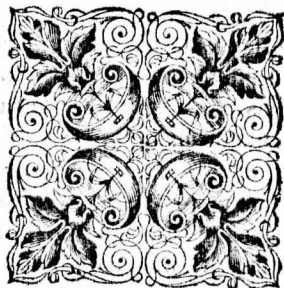
—Mira, muger, calla ó te sacudo otra vez.

—Si señor: tú eres la causa de nuestra desgracia, con tus chismes y enredos.

El sastre se dispone á cumplir lo que ántes ha prometido á su esposa, zurrándole la badana, pero los serenos se lo impiden, amenazándole con que le atarán de pies y manos y que darán con su cuerpo en la cárcel.

Dejemos ahora que el Sr. Roque gruñe y eche ternos por

lo bajo, y que su muger rabie por lo alto, miéntras que el aprendiz y algunos otros se entretienen en desecar la balsa, y miéntras que yo estornudo y bostezo, á fin de entrar de fresco en la relacion de otra escena maravillosa.



CAPÍTULO II.

En el que se dá cuenta de como la bella Julia había convertido su balcon en una nueva administración de Correos.

A la misma hora sobre minutos arriba ó abajo en que pasa la escena que se acaba de referir, dos jóvenes envueltos en sus capotes caminan apresuradamente por los *cantones* y encrucijadas para no ser vistos de los serenos, á fin de que no se les malogre la empresa que van á cometer con aire resuelto; y, á cuyo efecto, llevan una enorme escalera de mano. De vez en cuando se detienen para cerciorarse, sin duda, de si alguien les sigue la pista, y descansar del peso de las dos arrobas de leña que el que parece autor de la empresa lleva áuestas. En una de las paradas que se ven obligados á hacer, puede oírseles el siguiente diálogo.

—Desengáñate, Eduardo: esa jóven, que á nuestro querido amigo Luis tiene sorbidos los sésos con sus dengues y zalamerías, y que bien pronto hará que le entierren bajo siete palmos de tierra, ó cuando ménos que lo mandemos hecho un fardo con el primer convoy que salga para Zaragoza, es la mas refinada coqueta de todas las mujeres del mundo. Confiada en su buen palmito y en el numerario que cuenta su Papá, se ha propuesto, segun trazas, tener una coleccion variada de novios; pues por ella se derrite un militar, se *acaramela* un médico, hace el oso un comerciante se convierte en cadete un grave jurisperito, y, lo que es peor, nuestro apreciable amigo va á perder la cabeza por no querer abrir los ojos á la verdad.

—Creo que te equivocas, Eusebio: Julia quiere solo á Luis; y prueba de ello son las cartas tan tiernas y espresivas que le dirige.

—Boberia! ¿Crees tú que la bella Julia no sabe engañar así de palabra como por escrito? ¡Novicio por cierto, eres en las tretas de *amor sistemático* de estos tiempos! Dentro de poco te vas á convencer de esta verdad: verás con tus propios ojos la administracion de correos que ha establecido esa divinidad, en su balcon.

—Mira, Eusebio; no sea que te equivoques despues de los peligros que tenemos que arrostrar para llegar al punto de tu empresa.

—¡Ea! si tienes miedo retirate: se me ha puesto en la cabeza, y he de cumplir la palabra que he dado de registrar esta noche el balcon de Julia.

—Miedo! ya sabes tú que jamas lo he tenido; pero esta disforme escalera.....

—Pues á fé que te puedes quejar del peso de la escalera, cuando vas imitando bien mal á Simon Cirineo, mientras yo llevo la cruz á cuestras!

—No es del peso de lo que me quejo, si no de que si nos ven los serenos nos tomarán por ladrones, y entonces....

—No hagas caso de nada, y salga el sol por Antequera.

Esto diciendo, vuelve Eusebio á cargar con la escalera, y ambos amigos echan á andar: así que llegan á una calle bastante espaciosa, hacen alto, frente de una casa de muy buena fachada.

—He aquí el fin de nuestra expedicion: ahora no falta mas, carísimo amigo, sino que coloques la escalera en este lado y demos el asalto con valor y serenidad. Quédate de reserva al pie de la escalera, y sugétala bien, no sea que se corra y me rompa las narices.—Despues de haber dirigido Eusebio á su compañero esa perorata, á guisa de General en Cefe, tercia su capote y trepa por la escalera arriba hasta llegar al balcon en el que, segun sus observaciones, los que rinden culto á aquella deidad, van depositando sus respectivos billetes amorosos, mediante una piedrecita que cada uno de ellos tiene cuidado de colocar en el papel para que no se lo lleve el viento.

Efectivamente, el pensamiento de Eusebio se ve realizado:

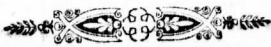
encuentra el balcon convertido en una estafeta: seis epístolas escritas en el papel de diversos colores mete en uno de los bolsillos del pantalon. No contento con el alijo que acaba de hacer, trata de mirar y remirar hasta el último escondrijo del balcon; por si hay oculta alguna otra comunicacion.

Estando entretenido en tan escrupuloso rēgistro se oye el pito de los serenos, y se ve á estos correr en distintas direcciones, cuya alarma, como han visto ya los lectores, es producida por los desaforados gritos del Sr. Roque el sastre.

Eduardo, ó mas bien, el que ha hecho el papel de Simon Cirineo en la conduccion de la escalera, cree que la alarma de los serenos es motivada por haberles descubierto dando el asalto; por lo que, imitando á los gefes que dicen *sálvese el que pueda*, cuando no hay remedio, echa á correr diciendo: ¡ estamos perdidos! Con la celeridad que emprende la retirada, tropieza uno de sus pies con la escalera, haciendo que esta se venga al suelo. Viendo Eusebio que tiene cortada la comunicacion entre el balcon y la calle, trata de dar un brinco; pero á muy luego reflexiona que sus huesos pueden sufrir detrimento y quebranto en el salto sin trampolin, y dice:— ¡ Qué diablos! para romperse uno las costillas siempre hay tiempo; ademas de que la cura sería en una de las mullidas canas que existen en los profundos calabozos de la cárcel; y luego con razon me dirían tras de cornu..... etc. ¡ Ea! Eusebio, trata de recobrar tu serenidad y sangre fria, y salga lo que salga: en peligros mas inminentes, que el que ahora se presenta, te has visto, y de todos ellos has salido bien. Ese diablo de Eduardo que es un gallina, se me ha escapado, echando por tierra mi puente levadizo.

De repente siente Eusebio el pestillo de las puertas del balcon, y á muy poco de abrirse estas de par en par, aparece una *rolliza matrona* en paños menores, á quien sin duda el ruido que ha producido la escalera al tiempo de caer la ha despertado. Al verse cara á cara nuestro jóven *desfacedor de entuertos* con una muger como un castillo, cuya boca es capaz de dar salida á todos los puntos de una orquesta y albo-

BIBLIOTECA
VASCONGADA.



PROSPECTO.

El amor á todo lo que sea del pais es una de las bellas cualidades que han distinguido siempre á los vascongados. Todo este santo y grande amor que raya en idolatria, ha sido necesario para que se hayan conservado en este suelo clásico de la independencian, nuestros venerandos fueros y populares instituciones, apesar de los recios ataques que hace siglos se les dirige incesantemente. Nosotros creémos que debe, no solo conservarse, sino fomentarse el espíritu público vascongado, y que el dejarlo decaer ahora, sería causa de que mas despues desapareciese por completo, con grave daño de los intereses de las provincias hermanas.

Como la creacion de una *Biblioteca vascongada* podría sostener é impulsar este benéfico espíritu de provincialismo, nos hemos propuesto dar á luz bajo este título, algunas producciones, que traten de las instituciones, los intereses, la historia y las costumbres de las tres provincias.

En la *Biblioteca vascongada* no se dará cabida á obra ninguna que no verse sobre asuntos vizcainos. Aun cuando sean *novelas* liabrán de fijarse sus aventuras en Vizcaya: su accion no podrá pasar los límites del territorio vasco. Esta es una nueva unidad desconocida hasta ahora en nuestra literatura, pero nosotros somos dueños de dictarnos las reglas que queramos.



Darémos principio á nuestra tarea, con las obras siguientes:
CONSEJOS AL PUEBLO VASCONGADO SOBRE EL SISTEMA QUE DEBE SEGUIRSE EN LA DEFENSA DE LOS FUEROS; por Don Ramon O. de Zárate.

LOS SIETE NOVIOS DE LA BELLA JULIA. Novela original por Don Melquiades de Larrazabal.

P A R T E M A T E R I A L .

Cada mes se publicarán de dos á cuatro entregas sin épocas fijas.

La entrega constará de dos pliegos de impresion en 4.^o ó sean 16 páginas del papel é impresion igual al presente prospecto.

El precio de cada entrega franca de porte será de 6 cuartos.

No se admite suscripcion por ménos de 4 entregas.

P U N T O S D E S U S C R I C I O N .

Á L A V A .

Vitoria, en la Imprenta de Egaña.—Laguardia, D. Alejandro S.^o Pedro.—Amurrio, el Profesor de Instruccion primaria.

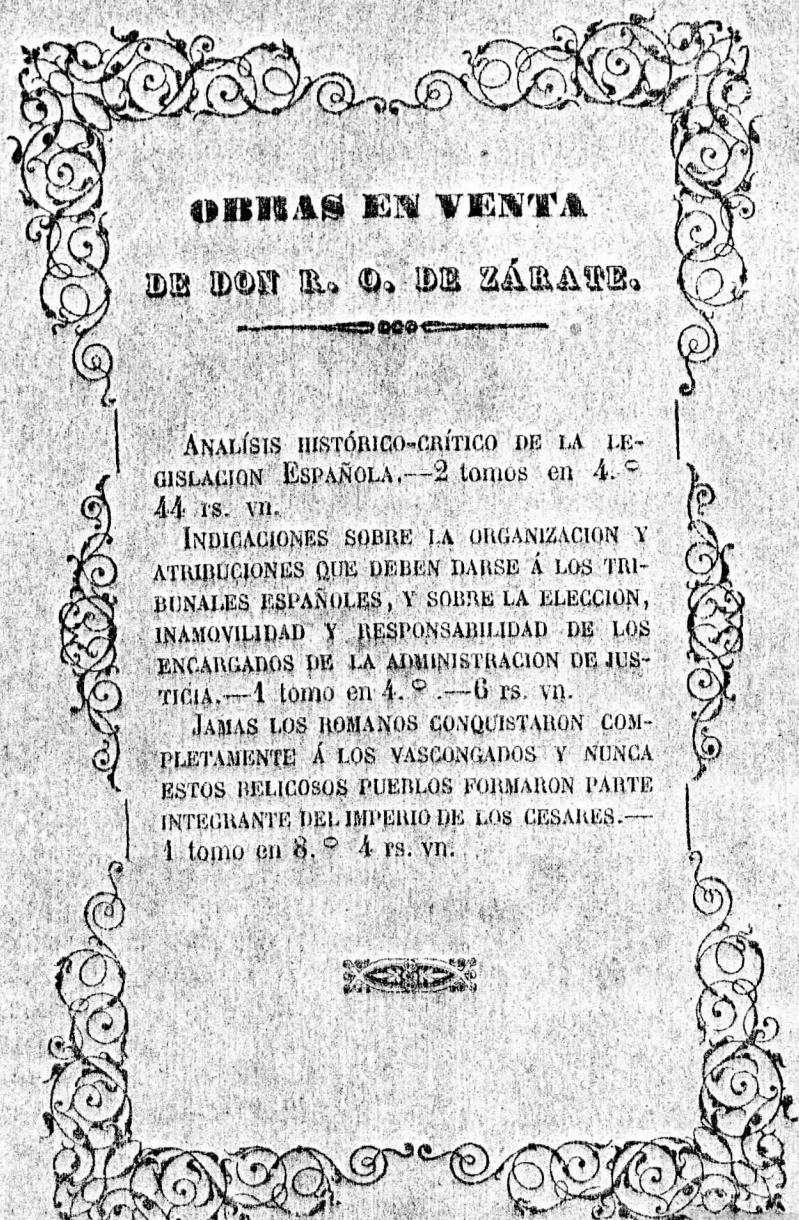
G U I P U Z C O A .

Azpeitia, Don José Miguel Aztiz.—S.^o Sebastian, Don Pio Baroja.—Tolosa, Sra. Viuda de Lalama.—Vergara, Don José Undiano.

V I Z C A Y A .

Bilbao, Delmas é hijo.—Bermeo, el Profesor de Instruccion primaria.—Durango, id. id.—Guernica, id. id.—Orduña, D. Ramon Ramos.

En las demas provincias, en las principales librerías.



OBRAS EN VENTA
DE DON R. O. DE ZÁRATE.

ANÁLISIS HISTÓRICO-CRÍTICO DE LA LEGISLACION ESPAÑOLA.—2 tomos en 4.º 44 rs. vn.

INDICACIONES SOBRE LA ORGANIZACION Y ATRIBUCIONES QUE DEBEN DARSE Á LOS TRIBUNALES ESPAÑOLES, Y SOBRE LA ELECCION, INAMOVILIDAD Y RESPONSABILIDAD DE LOS ENCARGADOS DE LA ADMINISTRACION DE JUSTICIA.—1 tomo en 4.º.—6 rs. vn.

JAMAS LOS ROMANOS CONQUISTARON COMPLETAMENTE Á LOS VASCONGADOS Y NUNCA ESTOS RELICOSOS PUEBLOS FORMARON PARTE INTEGRANTE DEL IMPERIO DE LOS CESARES.—1 tomo en 8.º 4 rs. vn.

